



Colección **1**
Lenguaje y acción

El compromiso literario en la reflexión de lo político

Porfirio Cardona-Restrepo
Freddy Santamaría Velasco
Óscar Hincapié Grisales
Editores



Universitat
Konstanz



Red de cooperaci3n
"Nuevas perspectivas en teoría de la cultura"



Sozialwissenschaftliches Archiv
Konstanz Alfred-Schutz-Gedachtnis-Archiv

801.3
C737

Cardona Restrepo, Porfirio, editor
El compromiso literario en la reflexión de lo político / editores Porfirio Cardona-Restrepo, Freddy Santamaría Velasco y Óscar Hincapié Grisales.
-- Medellín: UPB, 2018.
288 páginas, 16.5 x 23.5 cm.
ISBN: 978-958-764-623-8 / 978-958-764-624-5 (versión web)

1. Política y literatura – 2. Violencia y literatura – 3. Literatura – Aspectos sociopolíticos – I. Santamaría Velasco, Freddy, editor – II. Hincapié Grisales, Óscar, editor – III. Título

UPB-CO / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Porfirio Cardona-Restrepo
© Freddy Santamaría Velasco
© Óscar Hincapié Grisales
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

El compromiso literario en la reflexión de lo político

ISBN: 978-958-764-623-8
ISBN: 978-958-764-624-5 (versión web)
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-624-5>
Primera edición, 2018
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas
CIDI

Grupo de Investigación: Estudios Políticos. *Línea:* Teoría política. *Proyecto:* Discurso y prácticas políticas en el marco del pluralismo democrático. *Radicado:* 955B-12/17-36

Grupo de Investigación: Lengua y Cultura de la Escuela de Educación y Pedagogía. *Proyecto:* Didáctica de las lenguas clásicas: aprendizaje y enseñanza en la formación universitaria. *Radicado:* 137C-05/18-42.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Luis Fernando Álvarez Jaramillo

Director Facultad de Ciencias Políticas: Porfirio Cardona Restrepo

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Milena Gómez Correa

Corrección de Estilo: Santiago Gallego

Dirección Editorial

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2018
Correo electrónico: editorial@upb.edu.co
www.upb.edu.co
Teléfono: (57) (4) 354 4565
A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1758-17-09-18

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Polifonía y perspectivas nietzscheanas en *Comandante Paraíso* de Gustavo Álvarez Gardeazábal

KRISTINE VANDEN BERGHE¹
UNIVERSITÉ DE LIÈGE - BÉLGICA

Introducción

Tomada en su conjunto, la crítica académica que se interesa por la narcoficción o por la literatura sicarésca logra bastante bien dar cuenta de la diversidad del corpus. Sin embargo, al mismo tiempo presenta algunas lagunas notables, una de las cuales es la falta de interés por ciertos autores que escribieron textos significativos sobre el tema. Así, en cuanto a la literatura colombiana, es escasa la atención hacia las narco-novelas de Gustavo Álvarez Gardeazábal (Tuluá, 1945), respectivamente *El divino* (1986), *Comandante Paraíso* (2002) y *El resucitado* (2016), aunque, según Bogdan Piotrowski (2009, p. 127), *El divino* es la novela que inició el corpus narrativo sobre el narcotráfico. Entre las hipótesis que se pueden avanzar para explicar esta relativa desatención, una se relaciona con los contenidos políticos e ideológicos de esos textos que no han conseguido la adhesión de los críticos al mismo grado que otras novelas sobre el tema.

1 Maestra en Literatura Iberoamericana por la Universidad Nacional Autónoma de México y Doctora en Letras por la Universidad Católica de Lovaina (KUL). Actualmente es catedrática en la Universidad de Lieja (ULg) donde enseña literatura hispanoamericana a numerosos estudiantes interesados en letras hispánicas. Sus principales áreas de investigación son la literatura y la cultura latinoamericanas de los siglos XX y XXI. Entre los libros que ha publicado destacan *Intelectuales y anticomunismo. La revista Cadernos Brasileiros* (1997), *Narrativa de la rebelión zapatista. Los relatos del Subcomandante Marcos* (2005) y *Homo ludens en la revolución. Una lectura de Nellie Campobello* (2013). Correo electrónico: kristine.vandenbergh@uliege.be

Las opiniones sobre el narcotráfico y la sociedad colombiana que Álvarez Gardeazábal delega en sus personajes llaman la atención por ser, al menos desde cierto punto de vista, amorales. Así, en la reseña que dedicara a *El divino*, Jonathan Tittler (1986) lamentó el cinismo y la estrechez de visión de la obra. Y uno de los pocos análisis que se han dedicado a *Comandante Paraíso* ilustra el efecto que pueden provocar: Óscar Osorio (2015) ha estudiado la novela junto con otra que se publicó un año antes, *Quítate de la vía Perico* (2001) de Umberto Valverde. Su estudio desemboca en el diagnóstico de que: “estas novelas vallecaucanas están modelizadas por una construcción ideológica definida por una posición pro narca. Es, en este sentido, una literatura cómplice” (Osorio, 2015, p. 81). Osorio concluye que *Comandante Paraíso* revela una actitud de complicidad argumentando que entre las distintas voces favorables a los narcos que la novela despliega, domina la de un doctor que minimiza la violencia provocada por el tráfico de drogas y presenta a los narcotraficantes bajo luces positivas. Esto es aún más grave porque ese doctor se parece al autor quien, por lo tanto, compartiría los valores y la perspectiva de su personaje letrado: los argumentos defendidos por Álvarez Gardeazábal en su ensayo titulado “La revolución incompleta del narcotráfico: una revolución sin filosofía” y publicado en la *Revista de la Universidad de Caldas* en 1994 coincidirían con la evaluación del narcotráfico hecha por el doctor en la novela.

Desde nuestro punto de vista, el discurso del doctor no es tan unívoco como puede aparecer a primera vista y, al revés, ilustra el alto grado de polifonía inherente a la novela, polifonía que, por lo demás, es una de las marcas que caracterizan muchas novelas que tratan de narcotráfico y de sicariato. La conclusión de que la novela sería pro-narco, no obstante, se puede entender por cuanto en ella dominan las voces poco críticas hacia el narcotráfico. Pertenecen a narradores que expresan una visión del mundo afín a la construida por Friedrich Nietzsche en distintas obras suyas y especialmente en *Genealogía de la moral* (1887). En lo que sigue demostraremos la afinidad entre *Comandante Paraíso* y el pensamiento nietzscheano, no tanto para proponer un repertorio de aspectos comunes, sino para sacar a la luz cómo en la novela se articula una visión del mundo coherente. Después nos centraremos en la figura del narcotraficante en función de la idea nietzscheana del *Übermensch*, o el Superhombre. Este acercamiento constituye una alternativa interesante a las comparaciones más comunes entre el traficante de drogas y el bandido social, o para las lecturas

que lo abordan en función de su cinismo (Tittler, 1986) o la anomia (Forero, 2009), porque permiten dar cuenta de otras facetas de este personaje que su imagen de Robin Hood o de cínico no alcanzan a aprehender. Por último, compararemos el *ethos* autorial que Álvarez Gardeazábal se proyecta en su novela con los planteamientos desarrollados en su ensayo titulado “La revolución incompleta del narcotráfico”.

Novelas polifónicas

En “Du discours romanesque” Michail Bajtín (1978) define la esencia del género novelesco en términos de plurilingüismo, plurivocalismo y polifonía: la novela encarna literariamente la diversidad social de lenguajes, de lenguas y de voces individuales. El lenguaje polifónico del género novelístico implica que en él se encuentren introducidos diferentes micro-mundos socio-ideológicos que penetran en el texto bajo la forma de unidades de composición concretas, sobre todo el discurso de los narradores, las palabras de los personajes y los géneros intercalados (pp. 88-89). Las narco-novelas ilustran bien este plurilingüismo social en la medida en que en muchas de ellas la polifonía se presenta mediante una profusión de narradores que se alternan y por la presencia masiva de diálogos. Algunas novelas incluso constan exclusivamente de diálogos y en ellas el narrador en tercera persona es (casi) ausente. De hecho, generalmente hablando, las narco-novelas intentan mostrar la realidad según las perspectivas de los personajes y no según un narrador omnisciente que monologa.

Otro modo en el que se plasma la polifonía es el relevo de los narradores entre los capítulos o a veces dentro de ellos. En *Comandante Paraíso* varios narradores se alternan y en *El divino* las voces de distintos vecinos comentan el regreso del capo al pueblo. Algunos lo hacen con júbilo mientras que otros expresan su preocupación por su modo de ser o por las posibles consecuencias negativas del poder del narcotráfico. La polifonía también es muy visible en las dos novelas que Laura Restrepo consagrara al tema del narcotráfico ya que en sus sucesivos capítulos escuchamos a distintos narradores. Tal y como es el caso en *El divino*, en *Leopardo al sol* (2001) esos narradores forman una especie de coro mientras que en *Delirio* (2004) uno de los narradores es un personaje cercano a Pablo Escobar, lo cual no impide que también escuchemos a personajes totalmente alejados del negocio. En

Sangre ajena (2000) de Arturo Alape la voz del autor/entrevistador interviene a principios de cada capítulo constituyendo así una especie de contrapunto frente al discurso del sicario Ramón Chatarra.

La notable presencia de diálogos y narradores alternantes suscita la pregunta sobre cuáles son sus efectos y cuáles sus posibles motivos. Un primer motivo que se puede alegar es que esos recursos dan ampliamente cuenta de la multiplicidad de discursos que coexisten en la sociedad retratada. En este sentido, la novelística sobre el narcotráfico está al servicio de la mimesis y no sorprende que haya sido calificada de novela realista por excelencia en el panorama latinoamericano contemporáneo. El hecho de que los personajes dialogantes y los narradores discurren entre otros temas sobre el narcotráfico, a su vez hace pensar que los autores quieren dar cuenta de la diversidad de perspectivas y opiniones que existen en sus respectivas sociedades acerca de este fenómeno, sus orígenes, sus causas y sus consecuencias. En *El divino* dos personajes discuten en un diálogo sobre cómo se debe considerar el tráfico de drogas dentro de la coyuntura política colombiana y en *Cartas cruzadas* (1995) de Darío Jaramillo Agudelo varios amigos se cartean sobre qué culpa tiene quien participa de forma activa en el negocio frente al resto de la sociedad colombiana, cuya participación, no por ser silenciosa, es menos decisiva. En no pocos casos estos diálogos y las visiones encontradas de las que dan cuenta parecen ser ilustrativos de cómo los propios autores oscilan en sus evaluaciones, cómo encuentran una parte de verdad y una parte de mentira en los discursos representados de cada uno de sus personajes y narradores. Asimismo, puede pensarse que la polifonía estructural de esas novelas certifica la búsqueda de sus autores de una perspectiva moral e ideológica adecuada para hablar de este tema delicado: mediante sus narradores y a través de sus personajes pesan, evocan, discuten las palabras, opiniones y afirmaciones que circulan en el discurso social; las contestan, refieren, ratifican o se escandalizan por ellas sin que su propia posición quede siempre bien definida.

Esta búsqueda de la manera justa para hablar del tema puede tener otro motivo, menos dependiente de la ética autorial y más relacionado con ciertas dinámicas sociales. Puesto que esas novelas se refieren a realidades contemporáneas espinosas, no debe subestimarse el riesgo de que puedan herir susceptibilidades, sobre todo en el lector nacional que se ve de alguna manera retratado en ellas. La polifonía serviría entonces como escudo para proteger al autor que transmite muchas maneras distintas de hablar del

narcotráfico y de evaluarlo sin tomar partido, al menos no de manera clara y unívoca. Varios testimonios de escritores apuntan en esa dirección. Que el tema sea delicado, lo hizo entender, por ejemplo, Laura Restrepo cuando se refirió a la recepción crítica que tuvo en Colombia *Leopardo al sol*, novela que trata de una guerra entre dos grupos de narcotraficantes: “Entre los pocos que la leyeron, muchos se sintieron ofendidos. Tal vez porque los narcotraficantes estaban además vistos como seres humanos, y tal vez porque no se los separaba asépticamente del resto de la sociedad, en un esquema de buenos y malos” (citada en Manrique, 2007, p. 363). Al respecto también es ilustrativa el epígrafe de Umberto Eco al inicio de *El resucitado*, de Álvarez Gardeazábal: “No estoy emitiendo juicios de valor/ sobre una cuestión sin duda muy delicada./ Estoy poniendo de relieve una curiosidad/ histórico-cultural, un curioso vuelco en las posturas” (2016, s.p.). De hecho, el juicio negativo de Óscar Osorio respecto a *Comandante Paraíso* y *Quítate de la vía perico* ilustra cuán susceptible es el tema, como también lo hace el discurso crítico de Héctor Abad Faciolince (1994) sobre lo que él mismo bautizó como narrativa sicaresca.

En *Comandante Paraíso* la polifonía está explícitamente integrada en la forma. La novela cuenta la implicación en el narcotráfico de varias personas originarias de Alcañiz, un pueblo en el interior del Valle del Cauca y, según Vanessa Solano Cohen (2015), “se enuncia desde la historia del Cartel de Cali” (p. 90). Entre los personajes, un muchacho llamado Enrique Londoño se ha convertido en el patrón gracias a su espíritu trabajador y talento comercial. Al final de la novela, Londoño, apodado Comandante Paraíso, está formando un ejército, el Ejército Nacional de Traquetos, con el que quiere tomar el poder, cambiar las relaciones de fuerza para emancipar al pueblo y legalizar el narcotráfico. La novela, que cuenta la trayectoria del Comandante, está dividida en 128 capítulos y en ellos alternan los narradores: el propio Londoño explica a un interlocutor al que llama “doctor” su negocio y recuerda cómo salió de la pobreza y llegó a ser rico y poderoso en una serie de capítulos que no son contiguos; en otros capítulos varios subalternos suyos y algunos sicarios explican su trabajo o partes de su vida a un entrevistador anónimo que posiblemente es el mismo doctor; luego hay capítulos que constan de breves conversaciones entre diversos personajes del pueblo, esencialmente vecinos que conocieron a Londoño de niño: su voz alterna a su vez con una voz doctoral más ensayística que, en los capítulos que le corresponden, adopta un tono casi didáctico al ofrecer explicaciones sobre el funcionamiento del

narcotráfico en la región y en el país. Al confrontar al lector con una tupida red de voces, la novela incluye el principio de la polifonía de una forma abierta en su estructura y parece buscar la verdad en el dinamismo implicado en la relación polifónica. La polifonía es más importante por cuanto las diversas voces no coinciden en sus maneras de evaluar el narcotráfico o por cuanto, incluso dentro de ellas, se notan la dubitación y la falta de ideas claras. Para demostrarlo, analicemos la voz del ensayista que toma a cargo un total de 29 capítulos de la novela². Contrariamente a cómo puede parecer a primera vista, la evaluación propuesta por él no es unívoca ni redobla completamente las perspectivas de los sicarios o del capo Londoño.

El tono didáctico y firme del ensayista hace de su discurso un ejemplo de lo que Bajtín (1978, pp. 161-163) ha calificado de palabra autoritaria: penetra en la conciencia del lector como una masa compacta e indivisible, pegada a su autoridad. En *Comandante Paraíso* el narrador ensayista anónimo no entra en discusión, sino que postula y afirma; y su discurso suena autoritario aunque su contenido es a menudo anti-hegemónico. Extrae su autoridad de un sólido conocimiento de la historia de su país como lo ilustran las líneas iniciales de su primera lección: “En Colombia, los colonizadores vinieron siempre en busca de hacerse ricos no por el trabajo de la tierra, como los calvinistas de norte y sur América, sino por la manera más rápida posible” (p. 43). En los fragmentos que toma a cargo, intenta explicar la historia de Colombia, el origen del narcotráfico y el perfil de los narcotraficantes como si se dirigiera a un extranjero en busca de información.

No obstante, la autoridad con la que esta voz comienza imponiéndose, poco a poco se va desmoronando porque empieza a contradecirse, a ser más confusa en cuanto a su contenido y menos ecuánime en lo relativo a su tono. En su primera intervención (cap. 12, p. 43)³, el ensayista achaca la violencia en su país al perfil de los colonizadores, después acusa de ella a los pueblos prehispánicos (cap. 34, p. 111) y en una ocasión ulterior concluye que la violencia siempre ha llegado por la costa atlántica (cap. 58, p. 180). Puede que quiera señalar que la violencia tiene orígenes distintos o que desee dar cuenta de las distintas interpretaciones que circulan

2 Pueden ser un poco más, pues en algunos casos no está claro si quien habla es el ensayista u otro personaje del pueblo.

3 La primera cifra se refiere al capítulo, la segunda a la página.

sobre el tema. Sin embargo, esta incoherencia a la hora de formular sus diagnósticos afecta a la imagen del doctor cuyo tono firme sugiere un saber incontestable. En un capítulo parece condenar rotundamente la violencia (p. 17), mientras que en su intervención siguiente es como si la justificara (p. 22). Esta indecisión afecta especialmente al retrato de los narcos que es a veces halagador y otras veces muy negativo. Justifica el involucramiento de estas personas en el tráfico por ser campesinos pobres y abusados por las élites, lo cual no quita que los llame bandidos (cap. 72, p. 210). Celebra que “los traquetos le cambiaron la cara al campo colombiano. Le metieron la plata que los ricos viejos nunca quisieron poner para que el campo se desarrollara” (cap. 95, pp. 257-258). Pero al mismo tiempo lamenta el daño que hace este dinero al país “porque acaba con la ética del trabajo” (cap. 110, p. 298). En lo referente a muchos aspectos del narcotráfico, el discurso del ensayista es ambiguo y confuso y, de todas formas, es difícil concluir que su posición le sea unívocamente favorable. Otro de sus comentarios críticos permite demostrarlo: cuando examina las categorías de actuación frente al “crimen” (el que use la propia palabra ya es significativo de su evaluación condenatoria) concluye:

Hay capos pequeños que han convertido su presencia en el azote y terror de las regiones donde viven. Como en cualquier viejo oeste americano y bajo la complacencia de autoridades militares y civiles, se toman prácticamente los pueblos. Llegan a sitios de diversión y disparan al aire, obligan a hombres y mujeres a huir o a sentarse con ellos, ofrecen cocaína como si fueran cascos de naranja en platillos, sobre las mesas asesinan a sangre fría, delante de muchos testigos, a quienes les miran mal en el momento, les coquetean sus mujeres o simplemente les parece que estorban para poder seguir en sus francachelas (cap. 93, p. 255).

Puede que la ambigüedad de su discurso se explique por el motivo que él mismo señala en su penúltima intervención, en la cual empieza por apuntar la dificultad que supone una empresa como la suya, de querer dar cuenta de la violencia: “No es fácil dar cuenta de la violencia humana. En tiempos violentos, en tiempos de violencia generalizada como la que hemos estado viviendo desde hace años, siempre queremos negar nuestra propia violencia, nuestra propia responsabilidad en ella” (p. 330).

Tiene sentido identificar la figura de este ensayista con la del doctor que, en otros capítulos, entrevista al Comandante que lo invitó para que le escribiera su biografía. Asimismo, se le puede asociar con el personaje que entrevista a los sicarios y subalternos del capo por cuanto también es un letrado ubicado fuera de la acción. El mero hecho de poder entrevistar a unos y a otros ya es una fuerte señal de la cercanía que existe entre este letrado y sus interlocutores. Sin embargo, el entrevistador comienza sus entrevistas con los sicarios preguntando por sus sentimientos de culpabilidad, lo cual sugiere que sus actos le parecen condenables. A su vez, cuando el entrevistador del Comandante Londoño da cuenta de la desaparición de éste en un último capítulo que le dedica y cuando evalúa sus acciones más recientes insiste en el terror que acabó provocando: “Todavía no había montado el Ejército Nacional de los Traquetos con el que hoy aterroriza a civiles y uniformados” (p. 336). Claramente, sus juicios se hacen más severos cuando comienza a comentar sobre la coyuntura contemporánea: a un narcotráfico bastante pacífico del pasado ha sucedido otro de índole más violenta en el presente.

En los capítulos donde justifica el narcotráfico y disculpa a los implicados, la voz ensayística respalda la de Londoño y sus sicarios. Pero en la medida en que, como hemos visto, esta voz no siempre se expresa de manera clara y unívoca; en que se registran contradicciones en sus juicios; y en que, sobre todo hacia el final de la novela, comienza a describir la situación en términos más severos, constituye simultáneamente una especie de contrapunto a las voces del capo y los sicarios. Como argumentaremos en lo que sigue, tomados juntos, éstos expresan una ideología alternativa que es homogénea, constante e ideológicamente coherente.

La moral de los amos y el *Übermensch*

En *Comandante Paraíso* la yuxtaposición de voces narrativas parece ilustrar la convicción del autor de que, al tratar del tema, es saludable una buena porción de perspectivismo, ya que la evaluación ética del narcotráfico depende de dónde se lo mira. Esta interpretación es apoyada por el hecho de que distintos personajes dicen que todo criterio ético es relativo, que depende de la posición de quien lo maneja. Así, el Comandante afirma ante su interlocutor que la verdad no es un hecho preestablecido y que la moral dominante es el efecto resultante de la dinámica de distintas morales que

luchan entre sí por imponerse: “Así es la vida y uno lo que tiene que hacer es decretar su propia verdad para que los otros se la traguen y cuando ya la hayan digerido y la reciten como de ellos, se ganó la batalla” (p. 178). Se trata de una perspectiva de palmaria ascendencia nietzscheana en la medida en que Nietzsche, a lo largo de varios ensayos suyos y particularmente en *La genealogía de la moral* (1887), argumentó que no existe una moral como sistema independiente que no se base en nada que sea externo a él y cuyo único fundamento sea la razón. Al contrario, la moral es inseparable de la formación de una cultura en particular y de una posición histórica dentro de ella. El lenguaje, los códigos, las prácticas, las narrativas y las instituciones delatan un enfrentamiento entre voluntades que se confrontan en una lucha por el poder.

En la órbita del capo Enrique Londoño, alias Comandante Paraíso, giran personajes que están a su servicio o al de otro patrón, quienes se desempeñan como sicarios o están en la cárcel. Ellos forman parte de la serie de personajes cuyas voces se escuchan en alternancia con las opiniones de anónimos vecinos del pueblo. Pese a que todos estos personajes se distinguen en cuanto a su situación en la jerarquía del narcotráfico o en lo relativo a su grado de implicación en él, comparten los mismos valores. Son aquellos que, para Nietzsche, son representativos de la moral de los amos o señores. En efecto, muestran un aprecio especial por la nobleza, el orgullo y la fortaleza; los tres principios que rigen dicha moral y que, según Salazar & Jaramillo (1991, p. 137), eran también los valores que defendían los miembros de las bandas que operaban en Medellín.

Los comentarios sobre el Comandante Paraíso y su madre Anacarsis, de parte de quienes están al servicio de aquél o de los vecinos del pueblo, son unilateralmente elogiosos. Una de sus virtudes que más destacan es la actitud noble de madre e hijo ante el pueblo y la gente necesitada, además de su honradez a prueba de todo. Anacarsis, enriquecida gracias al negocio de su hijo, usa su dinero para sacar adelante a los vecinos (p. 55) y acerca de su hijo, al que llamaban Hatoviejo antes de que se convirtiera en Comandante Paraíso, los habitantes del pueblo recuerdan que nunca permitió que se robara a nadie y que devolvía el dinero hasta el último centavo (p. 142). La nobleza en el trato, que toma las formas de la honradez y de la solidaridad con los pobres, también es un rasgo central en los retratos que estos narradores hacen de los personajes subalternos que se dedican al tráfico o que ejercen de sicarios. Así, un personaje anónimo que se declara al servicio del patrón cuenta que

una señora le reveló dónde había escondido todo su dinero, para terminar su historia diciendo: “Ojalá doña Nydia no le vaya a contar a otro lo que me contó a mí porque no demora en amanecer estrangulada con una plancha en la mano al pie de veinte baúles de aluminio vacíos [...]” (p. 82). Aunque centre su comentario en la doña y sus posibles asaltantes, de manera velada comenta que él mismo, aun siendo sicario, pone en práctica el valor de la honradez. Desde este punto de vista, no sorprende que los únicos malos en el bando de los narcos sean los soplones, botones, sapos y arrepentidos (pp. 53, 74, 104, 163, 201). Merecen la muerte porque, precisamente, les falta el honor, y según el Comandante: “no tienen chance de vivir en un país como el nuestro. Tal vez en el país de los gringos [...]” (p. 74).

Otro valor que esos mismos personajes narradores se atribuyen a sí mismos y a sus colegas, y que aprecian de forma unánime, son la fortaleza y el coraje (pp. 14, 133). Que sean comandantes o subalternos, hombres o mujeres, todos enfrentan el peligro sin chistear, conscientes de que pueden morir en cualquier momento. Como dice uno de los narradores implicados en el negocio, refiriéndose lleno de admiración a su patrón que murió tomando grandes riesgos: “El que no compra lotería no puede aspirar a ganársela. Así en este negocio, hay que arriesgar para poder coronarse” (p. 157). En la novela es sobre todo el calificativo “verraco” el que se usa para subrayar esta cualidad. El comandante Paraíso dice de su madre que es una verraca (p. 50), un calificativo que también usa para referirse a la gente de Alcañiz (p. 131) y al doctor que será su biógrafo (p. 59); un sicario encarcelado en Kentucky llama verraco a Álvarez Gardeazábal (p. 25) y considera que también la tía Leonor es una genuina verraca (p. 211).

Si el Comandante Paraíso ha llegado a ser el gran capo es porque practica esos valores de los amos –nobleza y fortaleza– mejor que nadie, por lo cual encarna la figura nietzscheana del *Übermensch*. Si bien el filósofo no llegó a desarrollar mucho el tema, al Superhombre lo caracterizó en función de tres grandes principios: es un ser que, lleno de felicidad, abraza la idea del eterno retorno al aceptar todo lo que se le cruza en el camino y sin sentir la necesidad de creer en un objetivo final que cierre la existencia; encarna el sentido de la tierra y no necesita del cielo; y es la figura en la que se expresa la voluntad de poder y el deseo de vencerse a sí mismo (Tanner, 2006, pp. 76ss.). La enorme vitalidad que irradia el personaje de Londoño es un primer aspecto importante en su retrato de Superhombre y su propia insistencia en sus numerosas y diversas relaciones sexuales constituye un ingrediente central en

esta actitud vitalista. Si se interpretaran las escenas centradas en la actividad sexual del Comandante y la insistencia en el tamaño de su sexo únicamente en función de una estrategia de comercialización de parte del autor, se perdería el sentido que cobra como expresión del vitalismo nietzscheano demostrado por ese personaje que goza de las relaciones sexuales bajo todas sus formas, sin nunca sentir vergüenza. Como un verdadero Dionisio, hace alarde de su vitalismo desatendiendo las normas socialmente aceptadas y apreciando la abundancia en detrimento de una moral que privilegia valores como la necesidad y la escasez. Esto también explica por qué execra a la Iglesia y sus representantes: según su juicio, limitan el vitalismo de las personas, con lo cual contribuyen a aumentar innecesariamente la violencia en el país (p. 47)⁴.

Visto que encarna al *Übermensch*, no sorprende que el Comandante declare que no cree en Dios (p. 91). En su diagnóstico resuena el de Nietzsche de que Dios ha muerto, lo que implica que no sea necesaria la idea de un cielo que le quita a la experiencia vital su peso y su importancia. El paraíso al que se refiere su apodo, por lo tanto, es un paraíso en la tierra, no en alguna vida posterior a ésta, pues a Londoño le alegra suficientemente la vida terrenal para no necesitar de la ilusión de un más allá. La vida terrenal suplanta al paraíso celeste y los narcos destronan a los dioses y a Dios. El apodo del narcotraficante en la novela anterior de Álvarez Gardeazábal, *El divino*, a su manera ilustra esta visión.

En cuanto a *Comandante Paraíso*, también la primera parte de su apodo es significativa porque da cuenta de su voluntad de poder y señala su costumbre de mandar, que se manifiesta como deseo de imponer su propia verdad en calidad de moral dominante. Es otra faceta relevante del personaje que, como los amos y señores u hombres nobles imaginados por Nietzsche, no necesita la aprobación de los demás. Al contrario, construye su propio sistema de valores y se constituye a sí mismo en la medida del valor de todas las cosas. Londoño está convencido de que se trata de que uno elabore su propia moral y logre imponerla como verdad universal, como se deduce, por ejemplo, de esta afirmación suya: “la vida hay que tomarla como se venga, uno está destinado para lo que es y el pendejo es aquél que se desvía de su

4 Por otro lado, no falta la referencia a la vida sexual de los ministros de Dios, con lo cual la novela confirma otra idea nietzscheana de que cierto ascetismo es el anverso de una sensualidad decadente (Žižek, 2009, p. 112).

ruta y se pone a creer en lo que le dicen los demás” (p. 90). Dejarse orientar por el interés propio y por su propia verdad es lo que se debe hacer, no acatar esto consiste en dejarse manipular y perder el control.

Desde el punto de vista de Nietzsche, el poder de mandar y de comandar no necesariamente implica el uso de violencia, aunque la pura voluntad de poder a menudo trae consigo actos violentos, lo cual es indudablemente el caso en la novela. La ejerce el propio Londoño al matar a los asesinos de su padre y a otros muchos personajes que, de una u otra forma, le estorban o le caen mal. Pero en la novela la acción de asesinar se delega ante todo en una serie de sicarios que son entrevistados por el doctor a quien le explican su trabajo. El contenido y el tono de estas intervenciones a su manera dan cuenta de un modo nietzscheano de ver el mundo. Los crímenes que cometen y la organización mafiosa a la que pertenecen son naturalizados por los sicarios al usar de manera consecuente el léxico del trabajo. Asimismo, en ellos es sistemática la ausencia de compasión por los otros.

En las respuestas que dan al entrevistador, aunque varían según su personalidad, destaca como una invariante su falta de arrepentimiento y de sentimiento de culpabilidad: “-¿Se arrepiente de los muertos que tiene a sus espaldas? -Uno no se puede arrepentir del oficio” (p. 30) y al final de la conversación: “- ¿Cuándo disparaba nunca pensó en los hijos o en las viudas que podía dejar desamparados? -Yo nunca disputé con el destino. A mí tampoco me preguntaron cómo y dónde quería nacer” (p. 31). La evaluación hecha por una sicaria no es distinta por venir de una mujer: “-¿No le da remordimiento lo que ha hecho? -Remordimiento sería seguir viviendo sin tener de qué comer [...]” (p. 209). Estamos alejadísimos de los principios bíblicos de mostrar la otra mejilla, humildad, caridad y compasión que, según Nietzsche, representan la moral de los esclavos. El único valor que estos sicarios acatan es la vida propia y la supervivencia, y en los casos más extremos, el placer que produce la acción de matar (pp. 64, 69, 123). Por otra parte, la única imposición que aceptan es la que viene del patrón.

En vistas de que, para Nietzsche, los judíos fueron los responsables de imponer la moral de los esclavos (hecho que considera como el mayor golpe moral de la historia), sorprende que el *Übermensch* Enrique Londoño, representante máximo de la moral de los amos, sea de origen judío. Ahora bien, en la novela los personajes judíos no corresponden a la imagen nietzscheana, sino más bien a ciertos estereotipos que circulan en torno a

ellos y que incluyen el tópico de que se dejan guiar, más que por cualquier otro valor, por el interés propio que se expresa en términos de dinero (por lo tanto han adoptado sin escrúpulos la moral de los señores). Si el Comandante logra quedar fuera de la mira de la justicia y de la DEA, es porque su identidad judía le ha facilitado asociarse con una pareja de judíos de Nueva York que le ayudan a lavar el dinero sucio. En *Comandante Paraíso* los judíos se asocian de manera sistemática con el mundo de las finanzas y el enriquecimiento ilícito.

Cuando se lee la novela en función de la genealogía de la moral esbozada por Nietzsche, también es coherente la manera en la que el ensayista diagnostica la relación de poder entre la Iglesia y los narcos. En efecto, según Nietzsche, los judíos y los cristianos hicieron que el orgullo, anteriormente muy valorado, se volviera pecado; la caridad, la humildad y la obediencia suplantaron los valores de la competencia y la autonomía; y la espiritualidad empezó a preferirse sobre las facultades corporales. En la novela la voz doctoral saca a la luz una nueva etapa que vuelve a invertir los valores: la moral católica queda desplazada por la moral alternativa del dinero del narcotráfico. Repárese en el uso irónico de la palabra ‘moral’ que, una vez más, indica una posición de fuerzas más que un valor genuinamente ético:

El narcotráfico llegó en el mismo momento en que el Concilio Vaticano II les quitó el latín a los curas, los dejó sin sotana y los volteó para que celebraran la misa de cara a los fieles. En ese mismo momento, como no tuvimos sino la moral católica, apostólica y romana, versión española y esa moral resultó ser de culto y de púlpito, no inculcada en lo profundo, ella se derrumbó, dejamos de creer en la Iglesia católica y como lo que iba creciendo era el dinero fácil e inmediato, cambiamos la moral del dinero por la moral del pecado y le abrimos este boquete al país (p. 299).

De hecho, entre los sociólogos y los historiadores parece haber un consenso sobre el hecho de que la influencia de los narcotraficantes se intensificó en una época de pérdida de autoridad de la Iglesia. Como dice Alonso Salazar (1996): “Al caer la fuerza social de la Iglesia, se generó un vacío ético que lo llenaron la guerrilla y el narcotráfico, dos instituciones que reflejaban el posicionamiento de la fuerza y el dinero como elementos organizadores de la sociedad” (p. 130).

La hipocresía de los oponentes

El centro de la filosofía nietzscheana lo constituyen la idea de que la historia humana se entiende desde la oposición entre poder e impotencia, y la convicción de que el comportamiento de las personas se explica en función de su voluntad de poder. No son las convicciones ideológicas o éticas, sino las voluntades de poder enfrentadas las que hacen que el mundo se mueva. En *Comandante Paraíso* esta manera de ver también se atribuye a los oponentes principales de los narcos. A estos no se les representa armados de firmes convicciones morales sobre lo nocivas que son las drogas o lo reprochable que es el narcotráfico, sino que su enfrentamiento a Londoño se entiende tan solo en el marco de una feroz lucha por el poder político y económico. Actúan para realizar sus ambiciones personales y para proteger su posición social contra el poder emergente de los capos, nunca porque creen de verdad que traficar droga sea moralmente censurable o porque compadezcan a las víctimas del negocio.

No obstante, fingen que les guía la búsqueda del bien y que les orienta el criterio de la verdad. Por esto, una de las principales facetas de su retrato es su doble discurso y su doble moral, que es, al mismo tiempo, el principal rasgo que los contrasta con Londoño y compañía, quienes no se embellecen a sí mismos, no disimulan lo que piensan ni esconden sus verdaderas ambiciones, y en quienes la honestidad y la transparencia forman parte de su retrato noble. En la medida en que los narradores narcos y sicarios se esfuerzan por demostrar que la preocupación ética de los supuestos buenos de la historia es pura hipocresía, la polifonía de la novela aumenta: introduciendo la perspectiva del otro, construyendo su discurso en un diálogo polémico con discursos alternativos, la novela hace aún más visible su plurilingüismo social. En realidad, el alto grado de plurilingüismo y la gran visibilidad de los discursos sociales que compiten en las novelas sobre el tráfico de drogas ilustran lo dicho por Bajtín (1978, p. 229) de que, en épocas cuando la colisión de lenguajes es fuerte y tendida, el plurilingüismo fácilmente pasa de la vida vivida al lenguaje literario. En *Comandante Paraíso* la colisión se produce principalmente con los discursos de la Iglesia, las élites bogotanas, los Estados Unidos y, en menor medida, la prensa.

Ya hemos comentado que Londoño no simpatiza con la Iglesia alegando que es corresponsable de la violencia por limitar los impulsos vitales de las personas. Le estorba además que predique una cosa y haga

la otra, siempre moviéndose solamente por el interés propio. Además, si lo critican a él no es porque disientan de lo que hace, sino sencillamente porque no está dispuesto a financiarlos (p. 93). Se parecen a los narcos y los sicarios por cuanto les mueve el deseo de dinero; se diferencian de ellos porque carecen de honestidad. En vistas de la historia de Colombia, estos ataques apuntan más allá: en la historiografía resalta el poder que la Iglesia católica siempre ha tenido en la formación del Estado, al menos hasta la Constitución de 1991 que lo declaró abiertamente secular (LaRosa & Mejía, 2013, p. 66). Antes de esa fecha, el catolicismo fue usado por el Estado en aras de su unificación y para construir una nación mientras, al mismo tiempo, el Estado ofrecía protección a la Iglesia al apoyar su institucionalización y sus dictados morales (p. 63). Por lo tanto, por los estrechos lazos que unen Estado e Iglesia en Colombia, las arremetidas de los personajes narcos contra la Iglesia, la religión católica y los curas pueden leerse simultáneamente como ofensas contra la legitimidad del Estado colombiano.

Este último aún encarna en otros grupos e instituciones a los que los narradores igualmente critican por su doble moral y su sed de poder. Señalan que los jueces, los policías y los militares se dejan comprar por los narcos (pp. 239, 270, 294) y que, sin embargo, cuando éstos se les acercan demasiado, cierran su círculo y toman medidas para distanciarse (pp. 79, 133, 239). Londoño lo expresa en los términos siguientes:

Porque a mí doctor, no me vengan con el cuento que la justicia es recta. La justicia y la moral la imponen los que mandan y como aquí los nuevos ricos no fuimos capaces de controlar todos los hilos y lo que hicimos fue dejarnos explotar de los políticos y de los policías y de los militares, cuando los ricos viejos se dieron cuenta que estábamos cansados y que se nos había ido la mano, le echaron mano otra vez al garrote (p. 239).

Los oponentes, que son los “ricos viejos”, dictan su moral y sus leyes, y adaptan su política a las relaciones de fuerza del momento. En *Comandante Paraíso* el motivo que les es atribuido es uno solo: mantener el control y guardar su posición hegemónica.

Para ello, cuentan con un aliado poderoso que es la prensa, que no informa en función de la difusión de la verdad, sino para apoyar a las élites y, de esta manera, beneficiarse a sí misma. Londoño le dice al doctor: “a

uno le endilgan lo que quieren los dueños de los medios de comunicación. Ellos son los que recetan la verdad, así tengan que inventarla” (p. 175; véase también pp. 75, 182-184). La verdad no se descubre, sino que se crea y, en Colombia, se crea apoyada por la prensa según el punto de vista de los viejos ricos y contra los narcotraficantes. Se trata de un diagnóstico compartido por varios sociólogos que han señalado cómo la realidad ha sido mistificada por los medios, cómo ellos han discriminado a los narcotraficantes y cómo la información que dan pasa por los filtros de las instituciones (Cardona, 2005, pp. 198-199). Será uno de los motivos por los que Londoño quiere que el doctor escriba la historia de su vida y que pida a sus subalternos que se pongan a su disposición: desea que circule una verdad alternativa e intenta imponer su propia versión de los hechos.

El discurso sobre las élites hipócritas está atravesado, además, por un léxico que introduce el binomio entre civilización y barbarie. Uno de los narradores anónimos, subalterno de Londoño, arremete contra “la sociedad bogotana, tan dispuesta siempre a moler por arribistas o provincianos a todos los que llegan con plata a volverse importante entre ellos” (p. 79). El personaje inculto no se expresa con claridad, pero la idea que vuelve, también en boca de otros, es que la élite adinerada, si bien acepta gozosamente el dinero sucio, no deja entrar en sus círculos cerrados a los “arribistas o provincianos”. El propio Londoño lo dice de manera más clara: los ‘viejos’ en el oficio del narco se retiraron o se dejaron encarcelar “para dizque pagar la pena. ¿Cuál pena doctor? La de no haber conseguido más plata para tumbar a esta manada de bandidos que vestidos de gente bien y tomando whisky barato en los cócteles bogotanos no nos dejaron entrar nunca a la sociedad” (p. 133). Los bárbaros que aquí toman la palabra desenmascaran la hipocresía de sus oponentes y dejan entender que su supuesta civilización es un barniz: el hecho de que se vistieran de gente bien pero que, en realidad son bandidos, y que el whisky que toman es barato, señala que su apariencia civilizada es una capa superficial. Los narradores en esta novela hacen pensar en el bufo de Bajtín, quien se burlaba en las escenas de las barracas y las ferias de la lengua de los sabios, los monjes y los caballeros que representaban los lenguajes oficiales en la sociedad medieval.

Las dos citas precedentes del subalterno y del capo incluyen un criterio geográfico, ya que ambos sitúan a sus adversarios hipócritas y disfrazados de civilizados en la capital. Es allí donde se toman las decisiones, no por el bien común, sino para proteger los intereses de un pequeño grupo. Este

discurso añade una nueva fisura a lo que sugieren *Rosario Tijeras* y *La virgen de los sicarios*. Estas novelas retratan la ciudad de Medellín dividida en dos: la parte alta y pobre es desconocida y temida por los habitantes de la parte baja y rica. En *Comandante Paraíso* la fisura no se ubica en el nivel local, sino en el nacional, y ahora es Colombia la que aparece escindida en dos, como un espacio donde se enfrentan provincia y capital (pp. 132, 174, 177, 210). Al subrayar el carácter dividido del país, Álvarez Gardeazábal ilustra por ejemplo lo dicho por Carlos Alberto Patiño Villa (2005) en su análisis sobre Colombia y el discurso de la violencia, de que “la identidad regional y local [es] primordial ante la nacional” (p. 1101). Claramente, *Comandante Paraíso* ilustra esta coyuntura y no hay ninguna imagen en la novela que dé cuenta de una nación unida. Más bien transmite una acusación contra un tipo de colonialismo interno practicado desde la capital sobre el interior.

Estas élites bogotanas extraen poder de su alianza con la Iglesia católica y la prensa, pero también les fortalece su connivencia con los Estados Unidos. Una de las formas en las que los viejos ricos traicionan a los personajes asociados con el narcotráfico en la novela es mediante iniciativas de extradición a los Estados Unidos, país con el que se alían en contra de su propia gente (pp. 78, 80, 211). Lo hacen porque se dejan manipular como siervos por un país más fuerte y porque comparten con éste su hipocresía; por ejemplo, si Bonilla es tan protegido por los gringos, lo es por “faltón” (p. 37). Por su parte, el gran vecino del norte sigue tratando a Colombia desde intereses coloniales e imperialistas, con lo cual el discurso de *Comandante Paraíso* incluye una fuerte vertiente anti-imperialista y poscolonial. Uno de los narradores principales en quien la novela delega la palabra es Rafael, un subalterno de Londoño que manda cartas a varios destinatarios desde una cárcel en los Estados Unidos. No hay una carta en la que no critique al país que lo encarceló y uno de los rasgos más repetidos en el retrato que pinta de los “gringos” es su hipocresía.

Quien sale ganando más o perdiendo menos no se encuentra en tal situación por ser inocente o culpable: tampoco para los Estados Unidos juegan criterios de carácter ético. Su participación en la guerra contra el narcotráfico colombiano se presenta en función de su lucha por mantener el control y por preservar sus intereses nacionales. Londoño da cuenta de esto cuando le dice al doctor que posee una fábrica de drogas en los Estados Unidos que funciona sin problemas porque “no figura a nombre mío sino de Iscariote y Asociados y los socios somos la mujer de Tittler y yo, es decir,

tiene chapa de fábrica de judíos neoyorquinos, jamás la persiguen y uno ni es ilegal ni es bandido ni es envenenador de la juventud norteamericana” (p. 134) (cf. también pp. 169, 171). Este punto de vista de que los Estados Unidos son hipócritas y participan de lleno en el tráfico es compartido por el ensayista:

Contra lo que se ha hecho saber, hay mucha más gente de los servicios de Aduana, de la DEA y de otras entidades del gobierno federal involucradas en la tolerancia al ingreso de la cocaína al mercado de los Estados Unidos. Existen tarifas fijas por kilo pagaderas a todos los funcionarios quienes en muchas oportunidades han llegado a encarecer el precio final de la droga hasta en un cincuenta por ciento. El solo hecho de que Atlanta sea quizás el más grande centro de distribución en el mercado sin que sea un puerto ni una entrada obligatoria de los aviones comerciales se explica por la presencia de la DEA con su cuartel general en esa ciudad (p. 173).

El ensayista dialoga críticamente con un discurso que considera hipócrita y presenta sus palabras desde la primera frase como un contra-discurso: “Contra lo que se ha hecho saber”. Pretende decir una verdad que se desvía de las ideas comunes y se esfuerza por parecer objetivo al manejar un tono ecuánime, al proponer datos más que juicios y al incluir el modulador de duda “quizás”. Sin embargo, su penúltima intervención no carece de claridad al respecto: “El problema de la droga es un problema de dinero tanto para los colombianos metidos en el negocio como para las víctimas, sus osadías y sus crímenes para los Estados Unidos. En ningún momento el problema de la droga es un problema moral para los colombianos. Tampoco para los Estados Unidos” (p. 318).

Al final de la historia, el Comandante Paraíso se anda escondiendo por miedo a ser extraditado (p. 171 et passim). Sin embargo, sigue esperanzado gracias a su ejército de traquetos, al que está entrenando en la clandestinidad. Pero no es la única razón por la que alberga esperanza: la otra, poderosa, es el apoyo que le brinda el pueblo. Una escena contada por un narrador popular anónimo que habla en primera persona del plural lo ilustra. “Un domingo de mayo” de repente aparecieron aviones de guerra que atacaban una avioneta para hacerla salir del casco urbano. Aunque el narrador no diga por qué los aviones oficiales perseguían la avioneta, se supone que

la persecución se relaciona con el tráfico ilegal. La escena estipula que el Estado es fuerte y dispone de un mayor número de medios. Al contrario, los narcos son los *underdogs* que se apoyan en medios limitados y desafían el poder con astucia, pues en cierto momento la avioneta comenzó a perseguir el avión más grande (p. 280). Cuando ganan la batalla sobre su adversario poderoso, suscitan el entusiasmo del pueblo: “Cuando todos vimos que la avioneta se volaba, se oyó un grito unánime en todas las orillas del pueblo y los de la chichería y los de Farfán quemaron cohetes como si el equipo de fútbol acabara de ganar el campeonato nacional” (p. 280).

En la novela el pueblo y los campesinos apoyan a los narcotraficantes y sicarios contra las fuerzas del orden oficiales cuyo poder es superior. Comparten la misma geografía, cultura y valores, y el mismo sentimiento de ser víctimas y no ser tomadas en cuenta. Esto permite reformular la oposición geográfica entre el interior y Bogotá aún en otros términos, como una profunda ruptura sociopolítica entre el Estado y la nación. Sugiere que, a pesar de todos los esfuerzos por construir instituciones fuertes con el apoyo de la Iglesia y la prensa, el desencuentro entre tales instituciones y el pueblo colombiano sigue sin resolverse. Basándonos en LaRosa & Mejía (2013), podemos concluir que la escena incluso es irónica porque los historiadores argumentan que el avión (con la radio y la televisión) fue uno de los tres desarrollos tecnológicos que permitieron empezar un diálogo nacional al conectar distintas regiones (p. 191). Al contrario, aquí los aviones simbolizan una vez más el alejamiento e incluso el enfrentamiento entre la capital y el interior. El narcotráfico parece como una fase más en esta historia de siempre porque, como dice Londoño: “estos de ahora y de siempre, godos y liberales, comunistas y guerrilleros, todos son igualitos. No les alcanzan las manos para robarse la plata del pueblo” (p. 132).

En este sentido, a la novela la impregna no solo una visión nietzscheana sino también una perspectiva sub-alternista, ya que pretende representar la manera de ver de los que se sienten impotentes y frustrados ante las instancias que encarnan el poder abusivamente. Los sicarios, los narcos y el pueblo que simpatiza con ellos no son vistos (sólo) como criminales, sino como abandonados y perseguidos por el Estado y las élites que lo encarnan. Estos fracasan en apropiarse de la inconmensurabilidad del subalterno (Prakash, 2001, p. 62) que sí es registrada por el autor. Es sobre todo en este aspecto sub-alternista y anti-hegemónico donde el discurso de Londoño y los sicarios coincide con el del ensayista letrado. Hemos visto que éste no adopta una

posición unívocamente pro-narco, que pinta a veces retratos negativos de los narcos y que lamenta la violencia que han engendrado. Al mismo tiempo se une al Comandante y a los que están a su servicio al apuntar a la hipocresía de aquellos que luchan contra el narcotráfico y simpatiza con los campesinos y los habitantes de los pequeños pueblos que siempre han sido las víctimas de los grupos poderosos.

Ethos autorial

La mayoría de las narco-novelas no generan preguntas sobre la posición de sus autores respecto al narcotráfico y menos aún sobre su eventual implicación en algún aspecto del negocio. La historia del gramático Fernando, por ejemplo, es demasiado inverosímil para que el lector lo identifique con Fernando Vallejo, a pesar de que haya identidad onomástica y que el autor emplee abundantes recursos autoficcionales. Aunque menos autoficcionales que *La virgen de los sicarios*, pues sus protagonistas y narradores no tienen el nombre del autor, la novela de Álvarez Gardezabal suscita mucho más la cuestión sobre la relación entre el autor, sus narradores y sus personajes, haciendo que el lector tenga curiosidad por saber hasta qué punto el autor toma como suyos los discursos que delega en ellos y hasta dónde las ideologías representadas por sus personajes refractan la suya. En *Comandante Paraíso* esta curiosidad se explica por motivos internos, concretamente por la presencia de personajes o narradores que se parecen al autor. Pero hay igualmente motivos externos que suscitan esta misma curiosidad, como la condena del autor a la cárcel por sus supuestas relaciones con el narco. A la hora de indagar en el tema se revelan, asimismo, significativos una entrevista con el autor de 1997 que trata sobre *Comandante Paraíso* y un ensayo suyo de 1994 poco citado pero curioso e intrigante, titulado “La revolución incompleta del narcotráfico: una revolución sin filosofía”.

En *Comandante Paraíso* el narrador ensayista y el doctor que entrevista a los sicarios y a Londoño, por su tono didáctico de letrado y por ser anónimos, se pueden asociar fácilmente con la figura del autor. Por otra parte, Álvarez Gardezabal aparece nombrado porque a él alude el narcotraficante Gabriel en las cartas que manda a Colombia desde una cárcel en los Estados Unidos. La primera vez que lo menciona, expresa su esperanza de que “el pueblito va a cambiar mucho con ese man” (p. 25) y en una carta del 15 de diciembre

de 1990 lamenta que Álvarez Gardeazábal no haya sido elegido y adjudica esto a que no ha querido aceptar “como siempre” dinero del capo, su patrón (p. 211). Los dobles ficticios de Álvarez Gardeazábal son elogiados por los personajes por su honestidad y su solidaridad, con lo cual surge una imagen atípica dentro de la novelística autoficcional contemporánea donde los autores se suelen denigrar a sí mismos o practicar la autoderrisión (Castany, 2015). Sea como fuese, el narrador y el entrevistador que se parecen al autor, así como el personaje que tiene su nombre, desempeñan un papel importante en la formación de la imagen, el *ethos* que se crea el propio autor en sus novelas.

Que el *ethos* que se construye Álvarez Gardeazábal en sus novelas sea en parte una construcción del lector se infiere de las distintas lecturas que se han hecho y se pueden hacer. Es legítimo subrayar los aspectos que demuestran su cercanía con respecto a los narcos y los sicarios, como ha hecho Óscar Osorio (2015) y, por lo tanto, deducir que el autor muestra comprensión y simpatía por ellos. Para llegar a esta conclusión sirve recordar que, al doctor en *Comandante Paraíso*, el capo Londoño le dice “usted es como mi hermano, doctor” (p. 176). La facilidad con la que este personaje letrado logra granjear la confianza de narcos y sicarios de manera que los pueda entrevistar constituye otro elemento que apunta a la cercanía, incluso física, del autor con el negocio mafioso. Asimismo, cobra relevancia el hecho de que en algunos capítulos ensayísticos el narrador parece expresar comprensión hacia la realidad del narcotráfico.

Al revés, también se puede poner de relieve que, en sus últimos comentarios, el narrador ensayista critica el terror indiscriminado sembrado por los traquetos. Asimismo, de una carta de Gabriel que acabamos de citar se desprende que Álvarez Gardeazábal rechazó una invitación de parte de los narcos de colaborar con ellos. De estos aspectos resulta un *ethos* autorial bastante más crítico y menos complaciente hacia el negocio. Elegir tajantemente entre los dos *ethos* significa que se escamotea una línea ideológica de la novela a favor de otra. Porque, de hecho, *Comandante Paraíso* muestra al mismo tiempo una actitud crítica y tolerante, fustiga y dice comprender, construyendo un *ethos* autorial a la vez censor e indulgente respecto al narcotráfico y las personas implicadas en él. Por esto parece más correcto concluir que la imagen de autor que Álvarez Gardeazábal se construye en su novela carece de claridad ideológica y es esencialmente ambigua.

Esta ambigüedad se desprende igualmente de una entrevista con el autor, publicada por Jaime Zambrano en *Hispanamérica* en 1997, en la que se

vuelven a encontrar ambas imágenes de cercanía y distancia. En ella Álvarez Gardezabal reconoce sin ambages el fondo autobiográfico de *Comandante Paraíso* admitiendo que el doctor “obviamente soy yo” (1997, p. 113) y diciendo: “Los narcos me respetan y los guerrilleros también” (p. 120). Con estas afirmaciones corrobora lo que las novelas sugieren a su manera: que ha habido cercanía entre los narcos y el autor. Pero en la misma entrevista se retracta y es como si se diera cuenta de que tal posición es inaceptable, incluso para sí mismo. Un comentario que hace sobre la dedicatoria que había previsto inicialmente para *Comandante Paraíso* y que luego suprimió es significativo de la ambivalencia de su actitud, que oscila entre una empatía con esos personajes y un franco distanciamiento frente a lo que representan. El fragmento siguiente que aparece en la entrevista reproduce la dedicatoria inicialmente prevista para *Comandante Paraíso* pero que nunca se llegó a publicar como tal. Como el narrador-ensayista en *Comandante Paraíso*, el autor vacila, se busca, busca la manera correcta de relacionarse con el tema y rectifica. Y como en él, es como si después de una actitud más positiva se reorientara a favor de otra bastante más crítica:

Siempre he escrito novelas. Este libro sin embargo no lo puedo clasificar como tal; tampoco puedo negarle su sentido novelístico. Es el fruto de mis vivencias durante dos períodos como alcalde de Tuluá. Es el fruto de muchas entrevistas con muchos de mi tierra que hoy duermen el sueño eterno. Es el fruto de oír largas charlas de los grandes dueños del novedoso poder que se tomó el traquete colombiano. Es el fruto de oír el cuento lacrimoso de tantas viudas, tantos huérfanos, tantos desamparados que esta revolución del narcotráfico causó en Colombia. A todos ellos, viudas y muertos que hicieron posible este relato, mi agradecimiento. Por todos ellos va este libro. Me pareció que era gravísimo, y la arranqué. Primero por lo que digo que esto no es novela y segundo, ¿por qué se lo voy a dedicar a ellos? Entonces es mi primer libro que no lleva dedicatoria (1997, p. 115).

Cuánto Álvarez Gardezabal ha reflexionado sobre los alcances del narcotráfico y hasta qué punto ha meditado acerca de sus consecuencias, lo demuestra igualmente su ensayo titulado “La revolución incompleta del narcotráfico: una revolución sin filosofía” que publicó en 1994 en la *Revista de la Universidad de Caldas*. Parece ser la transcripción de una charla y es

posible que esta se haya organizado en el marco de la muerte de Escobar, ocurrida en diciembre del año anterior y a la que el autor se refiere brevemente (1994, p. 110). En Colombia, 1994 fue también el año de la elección del presidente Ernesto Samper sobre quien quedó claro en el curso del mismo año que había financiado su campaña por la presidencia con la aportación de unos seis millones de dólares que le fueron regalados por los capos de la droga (LaRosa & Mejía, 2013, p. 212).

En el plano de la enunciación, la voz del ensayista coincide con las voces del capo y los sicarios en *Comandante Paraíso*, ya que se posiciona de manera polémica contra los discursos más comunes que representan la *doxa* y que son asumidos por “los sabios investigadores de las facultades de economía” (p. 105), los “obtusos” o quienes “miran a Colombia desde uno de los escritorios de la DEA en Washington” (1994, p. 105). Esta postura polémica, por lo demás, es generalmente adoptada por el autor. Parece remitir a su ubicación geográfica que se relaciona a su vez con su posición en el campo literario donde se le ha mantenido al margen de los grandes escritores colombianos. De hecho, las posturas más claramente antiimperialistas y nietzscheanas en la novelística sobre el narcotráfico, a menudo son asumidas por escritores de provincia también en México⁵. Por apuntar en su ensayo al potencial económico positivo del narcotráfico, el autor se perfila además dentro de un grupo de intelectuales nacionalistas de izquierdas que se sentían atraídos por la naturaleza subversiva del tráfico y por la transferencia de riqueza de norte a sur que podía originar⁶.

Si el ensayista se opone a los discursos que representan la *doxa*, es porque estos niegan que “un proceso de tantas y tan profundas repercusiones como el narcotráfico haya producido una revolución y, aún más, que lo podamos siquiera interpretar como tal y no como un simple accidente del inevitable transcurrir histórico del país” (1994, p. 101). Esta es, precisamente, la tesis central del ensayo: desde los años ochenta Colombia ha estado viviendo un proceso revolucionario que se está consolidando y cuyo motor

5 Cf. Lemus (2005) y Martínez (2015).

6 Mark Bowden (2012) ha dado brevemente cuenta de esos intelectuales para quienes el negocio de la coca suponía la salvación económica potencial para las naciones andinas, tal y como el descubrimiento de vastas reservas de petróleo lo había sido para los países del Golfo Pérsico (p. 42).

ha sido el narcotráfico. Su presencia provocó que se cumplieran cinco de los siete criterios que se necesitan para que se pueda hablar de una revolución: ha producido un cambio sustancial en la tenencia de la tierra, ha originado una movilidad social vertiginosa, ha transformado fundamentalmente la economía y los valores de la sociedad, y, como toda revolución, ha exigido sangre y muertos.

El primer efecto revolucionario causado por el narcotráfico consiste en que las clases sociales inferiores han conseguido buena parte de la tierra que antes pertenecía a los antiguos propietarios de las clases superiores (1994, p. 102). Por el contexto económico, a éstos les interesaba vender (1994, p. 102). El segundo cambio radical concierne a la movilidad social que se ha hecho vertiginosa (1994, p. 102): según sus cálculos, unos doce millones de colombianos cambiaron de estatus desde principios de los años ochenta (1994, p. 103), un avance del sector inferior de la pirámide que el ensayista califica de “avasallador”. Que haya cambiado fundamentalmente la estructura económica es una tercera condición que contribuye a que se pueda hablar de revolución. Ocurrió que en Colombia la economía subterránea se volvió legal. El autor se refiere aquí a la “ventanilla siniestra” (1994, p. 104) que ilustra cómo las élites habían estructurado la economía ilegal a su favor, aceptando la corrupción.

Cuando habla del cambio radical de valores, el ensayista registra que “el valor de la vida ha cambiado entre los colombianos” (1994, p. 105), como lo demuestra el oficio del sicario que mata por tan solo unos pesos. Pero también diagnostica un cambio en el concepto de machismo, ya que ahora al macho se lo considera en función de su capacidad de sexo, sea cual fuese el tipo de relación que tuviera, heterosexual, homosexual, “con muñecas o con animales” (1994, p. 106). En otras palabras, considera que es gracias al narcotráfico que la homosexualidad ha llegado a ser aceptada en el país, un argumento que ilustra cuán *sui generis* es su diagnóstico sobre la revolución del narcotráfico. El último aspecto indispensable para una revolución es la violencia. La forma como se refiere a ella da a entender que su juicio sobre la revolución del narcotráfico es favorable, pues considera que el baño de sangre: “Es absolutamente necesario para que la revolución se consolide, para que quienes finalmente impongan el verdadero cambio inducido por ella, lo hagan, ya sea para vengar sus penas y dolores, o para evitar fundamentalmente tener que repetir episodios de tanta magnitud” (1994, p. 107).

Termina su texto registrando los dos factores que faltan para que la revolución se complete: una ideología que la respalde y una mano fuerte que consolide el proceso. Escobar habría podido ser quien emancipara a los pobres y los campesinos, pero le faltó un cerebro ajeno para dar coherencia a sus ideas y difundirlas entre el pueblo: “Nosotros no tenemos posibilidad de montar un Stalin porque a Pablo Escobar le sobraron agallas para serlo, pero no tuvo un Lenin que lo aconsejara y terminó muriendo en un tejado” (1994, p. 110). Sorprende la referencia a Stalin y el lector se pregunta si el ensayista quiso darle una connotación positiva. Por otra parte, para que se presente la “posibilidad de montar a un Fidel Castro” (p. 110), debería haber un líder, lo cual es difícil en Colombia donde el liderazgo desapareció a favor de la concertación y el silencio (p. 110)⁷. Se trata de un diagnóstico en el que resuena una crítica contra el pacto del Frente Nacional.

Aunque el ensayo a veces es ambiguo, al final resaltan una evaluación positiva y una fe en que se está produciendo “una nueva estructura de valores” (p. 110). Esta expresión por sí sola demuestra cuánto este ensayo se distingue del eje ideológico que organiza las principales voces que se escucharán en *Comandante Paraíso* ocho años después. Este escritor que en 2002 crea una perspectiva densa y coherentemente nietzscheana, es al mismo tiempo el ensayista que en 1994 publica un ensayo sobre el narcotráfico que da cuenta de un idealismo y de un profundo deseo de cambio social, donde el negocio no aparece tanto como acción ilegal dentro de una lucha por el poder, sino como posibilidad de emancipación social dentro de cierta perspectiva marxista⁸. El creador de uno de los discursos narrativos más cínicos que hemos leído sobre el tema, se revela ser al mismo tiempo el autor de uno de los discursos más comprometidos. En su ensayo aparece una estructura socializadora que es el ejército revolucionario; un gran relato que es el de la revolución y la repartición de la tierra; y un proyecto histórico que tiene la capacidad de movilizar. El culto al presente y la promoción del hedonismo individual en sus novelas, en su ensayo tiene como pendiente una gran

7 En un ensayo al que hace referencia a este texto, Omar Rincón (2009, p. 150) identifica a Álvaro Uribe como el líder reclamado por Álvarez Gardeazábal.

8 El propio autor dijo en una entrevista en 2007: “Siempre fui antimarxista, pero como no he dejado de ser librepensador, me llamaron anarquista de derecha” (en Osorio Gómez, 2007, 21). Por lo tanto, parece difícil situarle en una línea ideológica clara y constante.

estructura colectiva de sentido y la preocupación ante el bien común. La ausencia de sentido moral, de creencia en el bien y el mal, la decadencia de los valores en el mundo del narco que el escritor constata en su novela, corresponde en el ensayista al entusiasmo por la formación de una guerrilla que pueda instaurar una sociedad más justa. Cuando se consideran juntos estos diversos textos y, particularmente, las auto-imágenes proyectadas en ellos, Álvarez Gardeazábal aparece como un autor que se construye un *ethos* al mismo tiempo tan ambiguo y tan diverso que es difícil aprehenderlo. Cuando se toma en cuenta el aspecto cronológico, se constata una evolución en la que el idealismo disminuye a favor del desencanto.

Referencias bibliográficas

- Abad Faciolince, H. (1994, 10 de julio). Lo último de la sicaresca antioqueña. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-167131>
- Alape, A. (2004). *Sangre ajena*. Bogotá: Planeta.
- Álvarez Gardeazábal, G. (1986, 1987). *El divino*. México: Plaza y Janés.
- Álvarez Gardeazábal, G. (1994). La revolución incompleta del narcotráfico: una revolución sin filosofía?. *Revista de la Universidad de Caldas*, 4(2-3), 99-110.
- Álvarez Gardeazábal, G. (2002). *Comandante Paraíso*. Bogotá: Mondadori.
- Álvarez Gardeazábal, G. (2016). *El resucitado*. Bogotá: Planeta.
- Bakhtine, M. (1978). *Esthétique et théorie du roman* (D. Olivier, trad.). París: Gallimard.
- Bowden, M. (2012). *Killing Pablo: The Inside Story of the manhunt to bring down the most powerful criminal in history*. London: Atlantic.
- Cardona, P. (2005). *Informe de investigación. Estéticas del consumo: héroes, ritos y mitos urbanos*. Medellín: Universidad EAFIT, Escuela de Humanidades.
- Castany, B. (2015). La autoderrisión en la obra de Fernando Iwasaki, *Pasavento*. *Revista de Estudios Hispánicos*, 3(2), 147-168.
- Forero, G. (2009). La novela de crímenes en Colombia a partir de la teoría de la anomía: el caso de *Comandante Paraíso* de Gustavo Álvarez Gardeazábal. *Lingüística y literatura*, 55, 72-85.
- Franco, J. (1999, 2007). *Rosario Tijeras*. Barcelona: Mondadori.
- Jaramillo Agudelo, D. (1995, 1999). *Cartas cruzadas*. México: Era.

- LaRosa, M. J., & Mejía, G. R. (2013). *Colombia. A Concise Contemporary History*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- Lemus, R. (2005, 30 de septiembre). Balas de salva. Notas sobre el narco y la narrativa mexicana. *Letras Libres*, 81, 39-42.
- Manrique, J. (2007). Entrevista con Laura Restrepo. En E. Sánchez-Blake y J. Lirot (Eds.), *El universo literario de Laura Restrepo* (pp.353-367). Bogotá: Taurus.
- Martínez, H. (2015). Dictadura de la forma perfecta: crítica canónica, narrativa contemporánea y desautorización de lo narcoliterario en México. *Hispanic Journal*, 36(2), 103-120.
- Nietzsche, F. (2006), *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.
- Osorio, O. (2015). El buen traqueto: violencia y narcotráfico en dos novelas del Valle del Cauca, *Hispanic Journal*, 36(2), 67-84.
- Osorio Gómez, J. (2007). *Gardeazábal. Confesión de parte*. Medellín: Fondo Editorial Instituto Tecnológico Metropolitano.
- Patiño, C. A. (2005). El mito de la nación violenta. Los intelectuales, la violencia y el discurso de la guerra en la construcción de la identidad nacional colombiana. En F. Colom González (Ed.), *Relatos de Nación. La construcción de las identidades en el mundo hispánico* (pp. 1095-1116). Madrid/Frankfurt an Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Piotrowski, B. (2009). Algunos aspectos axiológicos en la narrativa sobre el narcotráfico en Colombia, *Iberoamericana*, 9(35), 127-135. Recuperado de <https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/iberoamericana/article/view/751/434>
- Prakash, G. (2001). La imposibilidad de la historia subalterna. En I. Rodríguez (Ed.), *Convergencia de tiempos. Estudios subalternos/contextos latinoamericanos estado, cultura, subalternidad* (pp. 61-70). Amsterdam/Atlanta: Rodopi.
- Restrepo, L. (2001). *Leopardo al sol*. Barcelona: Anagrama.
- Restrepo, L. (2004). *Delirio*. Madrid: Alfaguara.
- Rincón, O. (2009). Narco.estética y narco.cultura en Narcolombia. *Nueva Sociedad*, 222, 147-163. Recuperado de <http://nuso.org/articulo/narcoestetica-y-narrocultura-en-narcolombia/>
- Salazar, A. (1996). Historia de las comunas: La génesis de los indeseables. En A. Salazar et al. (Eds.), *La génesis de los invisibles. Historias de la segunda fundación de Medellín* (pp. 113-132). Bogotá: Programa por la paz Compañía de Jesús.
- Salazar, A., & Jaramillo, A. M. (1996). *Medellín. Las subculturas del narcotráfico*. Bogotá: CINEP.
- Solano, V. (2005). Por una nosología de la violencia del narcotráfico: topos literarios de los años de la peste. *Revista La Palabra*, 27, 79-92.
- Tanner, M. (1996). *Nietzsche*. Oxford: Oxford University Press.

Tittler, J. (1986). Cinismo y contradicción. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 23(8), 82-84.

Vallejo, F. (1994, 2006). *La virgen de los sicarios*, Madrid: Punto de lectura.

Valverde, U. (2001). *Quítate de la vía Perico*. Bogotá: Planeta.

Zambrano, J. (1997). Entrevistas. Gustavo Álvarez Gardeazábal. *Hispanamérica*, 76-77, 113-124.

Žižek, S. (2008). *Violence: Six Sideways Reflections*. London: Profile Books.